

Crónica Literaria

LOS NOVENTA AÑOS DE
D. FRANCISCO ENCINA

Entre los casos curiosos de nuestra historia literaria cuenta el llamado "período cataleptico" de don Alberto Blest Gana, el largo silencio que siguió a su activa producción novelística, señalada por tres obras notables: "La Armonía en el Amor", "Martin Riva" y "El Ideal de un Calavera" y va desde 1876, hasta 1888, cuando se anuncia "Durante la Reconquista". ¿Por qué se detuvo de pronto una inspiración tan impenetrable? Se ha dicho que su carrera diplomática lo absorbió; pero ¿quién dejó escribir novelas porqué lo nombra Ministro en París? Enigma.

Pues bien, el sorprendente fenómeno de nuestra gran novelista se ha repetido en nuestro mismo historiador. También don Francisco Antonio Encina tuvo su lapso de abstinencia literaria. En 1912, tras estos dos notables, como "Nuestra Inferioridad Económica" venía de inagotables reflexiones sobre el carácter chileno, relacionado con los más altos elogios, necesitó llegar a 1914 para entregar a Nascimento el primer volumen de su "Portafolio". Todavía entonces se decía, alababa que nuestro público no estaba preparado, que sus ideas "darian bota" en la opinión; fueran preguntas urgentes instantáneas de amigos y admiradores para que se resolviera a editarlo.

Al éxito de ese estudio, que su autor no esperaba, se debió la monumental empresa de su "Historia de Chile", que había abundado por sus trabajos políticos, sus negocios parlamentarios y, sobre todo, por su predicción, la agricultura.

Tan cierto es que nadie, ni el mejor psicólogo, se conoce a sí mismo.

Todavía recordamos uno que, recordada ya y en pleno tráfago su empresa histórica, lo llamamos escéptico, fatigado, víctima de la desconfianza. Porque este hombre con fama de sobrio, siempre se ha jugado manos que como la juegan los demás. Habiéndole preguntado los motivos de su desaliento, alegó el cansancio, la salud, los años.

Tenía sesenta.

Le faltaban todavía veinte inmensos tomos de historia, sin contar los seis de "Bulwer" y algunos apéndice.

Ahora, al cumplir los noventa, quienes han ido a visitarlo en su retiro campesino de La Sereña, lejos de encontrar un hombre, como la mayoría de sus contemporáneos, disfrutando de "una bien ganada jubilación", lo han hallado en la plenitud de su felicidad, con la misma sorprendente clarividencia de siempre y, detalle sabroso, dispuesto a ampliar por cuatro años sus labores agrícolas mediante la renovación del

el ejemplo de este pensador que no cesó de trabajar.

Hay allí otro secreto.

Reabriendo las páginas del libro con que resucita hace treinta años, no podríamos decir que en la primera de ellas se descubre el inicio de esta longevidad triunfante y se ve gozar maravillosamente activo.

Al contrario.

Resucita en ellas más bien una nota melancólica, se siente una especie de poesía metafísica, inquietante e interrogante, se ve la seriedad de un contemplativo profundamente desengañado, consciente del grand drama humano y que no le ve salida.

Son, nada más, unas notas puras como elirato del prologo y que giran en torno al problema del conocimiento.

La primera, fechada en el Liceo de Talca, cuando el autor cuenta 17 años, dice:

"Los problemas últimos que plantea la razón, ¿no son otros de la fe que ella misma se plantea?"

Allí está el germen fundamental, el enigma insoluble, la perplejidad del ser sobreorgano por el misterio de su propia inteligencia, ignorante de lo que es, de lo que será, de lo que su existencia significa dentro del universo.

Siete años después, año 1837, en Loncomilla, el libro siguiente se desarrolla ese tema único mediante una especie de alegoría poética, de bella plasticidad, dando vemos al pensador adolescente convertido en poeta metafísico que penetra en esos territorios bajo el amparo de los nombres máximos.

"Kant — escribe sólo vivo en Platón un creador intelectual; y Platón sólo habiendo podido ver en el un lugar acunado en la cuerda floja las danzas del fenómeno y del neumano y de la forma y la materia".

Está planteada la cuestión. Viene en segunda desarrollada en una página que podría ser una balada de algún filósofo germanico, una meditación cósmica que exhala cierta melancolía y como un desahogo de orden superior.

"La reversa del río llama las ramas del sauce que me da sombra. Un madero, captado por el remolino, permanece en ella describiendo círculos, mientras la corriente sigue su curso. Se evapora, se precipita y renace a la vida. La razón humana está girando. Desde los dos siglos, en una reversa del torrencio cósmico, mientras el instinto y la intuición siguen el curso inarroyable por el impulso vital, la seriedad del instinto próximo arrastrará el madero y la perpetua transformación se cumplirá en él. Una avalancha del torrente cósmico sacará, también, a la razón de la reversa en que está describiendo círculos inútiles y la reintegrará a la corriente de la vida."

Se decía de Talca que "ama-

na "Meditaciones sobre el problema del conocimiento", cuyo último fragmento, datado en "Santiago, 1888", dice ya con un acento religioso:

"Penetré con Spinoza y Leibniz hasta honduras insondables... Todo aún es vano y todo esfuerzo es paz en el seno de Dios Nuestro Señor".

No podía concordar del todo ni encajar en la vasta magnitud un pensamiento de esa clase. Su extrema sensibilidad debió recogerse, porque hay una respiración intelectual que existe y no se alimenta de vacíos, incomprendimientos o certezas infernales.

Las que en sus cuarenta encontraron el entusiasmo pensador, que sonaba como comedia a la orilla del estero, puede calcular que quien recuerda la extrañeza con que fue recibido, cuando ya contaba 81 años y tenía una obra monumental, el Premio Nacional de Literatura que le entregó un jurado clarividente.

No lo consideraban escritor, le negaban dotes literarias. ¿Dónde estaban sus versos? ¿Cuáles eran sus novelas o sus cuentos? Nadie lo había puesto la etiqueta de rigor, el letrado correspondiente. Los mismos que le exigían a Gabriel Mañal que exhibiera diplomas científicos escandalizados, rimaban por los reglamentos, el canchero, cierto escudador.

Basta, no obstante, seguir con alguna atención la lectura de esa "prologo" de 1931, donde insinúa el retrato de don Diego Portales — otro gran resistido por los doctores de la ley — y el asombro que experimentó al acercarse, para reconocer la premisa, no solamente de un pensador seguro, sino de un artista capaz de crear su propia estilo, de lo que se llama en la plenitud del término, un escritor.

Leamos:

"Como y la sociología desparajan muy temprano mi curiosidad por la historia concebida como algo más que la narración puramente externa de los acontecimientos. El resultado de esta curiosidad fue una recepción. Lo que los historiadores nos brindan como histórico no es el pasado como fue, sino una estructura, una visión deformada a través de las lentes de refracción de las ideas y sentimientos del instante en que escriben y de su propia complejidad mental. La necesidad de investigar desde el punto de vista del problema del conocimiento la manera como las diversas culturas concebieron el espacio, el tiempo y el infinito, me obligó, hace unos 35 años, a vencer la timidez por la historia, que había germinado a raíz de mi primera curiosidad. Los resultados que me obtienen en la investigación, marcando la posibilidad de restituir el sentido muy diferente y aun la ausencia de los conceptos que me interesaban, en pueblos

Crónica literaria: los noventa años de don Francisco Encina [artículo] Alone.

Libros y documentos

AUTORÍA

Alone, 1891-1984

FECHA DE PUBLICACIÓN

1964

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Crónica literaria: los noventa años de don Francisco Encina [artículo] Alone.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile